

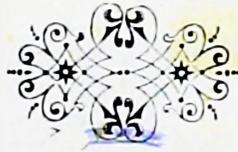
UN VIEJO ARTICULO

Y ALGUNAS REFLEXIONES OPORTUNAS

OPÚSCULO DE ACTUALIDAD

POR

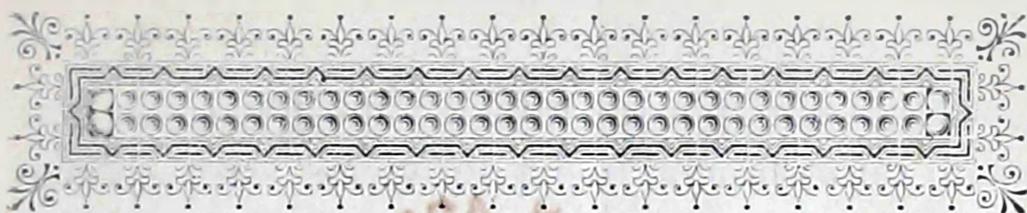
MANUEL J. CALLE



QUITO.—ECUADOR

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

1897.



UN VIEJO ARTÍCULO.



SUELESE decir que, en las polémicas entre liberales y conservadores, aquellos se la pasan en repetir los mismos cargos contra el adversario. . . . Pues! ¿y los conservadores no hacen lo propio contra el partido liberal? Ello ha de ser así, ya que, en controversias semejantes, si no se tiene la habilidad de las nuevas exposiciones y de los argumentos no manoseados, toda la lucha se reduce á una eterna petición de principio, donde el odio y la ciega intransigencia andan rugiendo; y, al cabo, se queda cada cual con su opinión en el bolsillo.

Digo esto, porque nunca como hoy se ha desatado tanto la avalancha de viejos cargos contra el liberalismo ecuatoriano. Leo los papeles que imprimen los curas, y encuentro en ellos el veneno de siempre, aunque en mayor dosis: si la exajeración no falta, tampoco *hace sentir su ausencia* la calumnia. Y todo esto es doloroso, por el terrible escándalo social que produce. . . . Que hablen, en hora buena; que griten, mientan y calumnien los virtuosísimos ministros del Altar: el derecho del pataleo se debe siempre respetar en los bandos vencidos, siquiera como una válvula de seguridad para el vencedor: matar la prensa de oposición, ahogar, en las cárceles ó en las persecuciones, el libre pensamiento, ni es justo ni cristiano; ¿qué otra cosa hacían nuestros amos de ayer? No tengamos miedo á la labor periodística del bando adverso, ni menos nos enfurezcamos contra ella, porque señal es de debilidad y de loca intolerancia. Pero resulta que tras de la discusión más ó menos acalorada, tras de la crítica de los actos del Gobierno, está la obra de la propaganda reaccionaria; y cada declamación, cada diatriba contra el actual orden de cosas, es un grito subversivo, grito de guerra, que,—ya se ha visto,—suele, á las veces, hallar funesta resonancia en los grupos de la facción conservadora. ¿No

debemos ponernos en guardia? No debemos contestar el fuego enemigo? *Vis vim repellere licet*, decían los antiguos: es permitido repeler la fuerza con la fuerza; es necesaria la defensa...

Lo he dicho más de una vez: opongámonos en esta lucha de ideas el libro al libro, la tribuna al púlpito, el periódico al confesonario, porque la hora es solemne y dolorosa, ya que no es el poder, no la hegemonía política dentro de los límites del Estado, lo que estamos disputándonos, sino la conciencia del pueblo. Y es preciso que el pueblo no nos crea los impíos, imbéciles y malvados que en sus publicaciones pintan los conservadores; es preciso hablar la verdad, con moderación y tino, desenmascarar á los calumniadores y volver por los propios fueros.

Pero ¿qué escritor liberal habla en este momento? Las disensiones en el seno del partido, el cansancio de un combate demasiado largo, la falta de fe en la obra común, han desalentado y tapado la boca casi á todos. Vela calla; Peralta se retira; Felicísimo López trunca su carrera periodística; Moncayo y Roberto Andrade tampoco chistan. . . . ¿quienes quedan, pues, en la brecha? El mismo periodismo de Guayaquil anda de capa caída, y si

«El Telégrafo» sostiene aún su buen nombre. «La Nación» muere, y el «Diario de Avisos» pierde su tradición literaria, y «El Grito del Pueblo» al declararse diario de simples informaciones y sin opinión determinada ni carácter político, abarca todos los transfugios y todas las inmoralidades. . . . El combate de principios, la altiva discusión, han cesado, pues, para dar lugar al detalle odioso y, lo que es peor, á la injuria contraproducente; siendo lo más curioso, que los únicos dueños de la prensa en el interior. . . . ¡son los curas! De esta manera, no es difícil adivinar quién quedará dueño del campo, cuando á periódicos de activísima propaganda, como «La Defensa», «El Industrial», «La Prensa Libre», «El Mensajero», sólo se oponen publicaciones de efímera duración: para toda la Sierra, donde el clericalismo priva, únicamente dos semanarios liberales! El Gobierno no debe olvidarse de que la fuerza iniciativa de la Revolución partió de la prensa; y que la propaganda de ideas vale tanto ó más que un ejército numeroso.

Y bien; reasumamos la polémica doctrinaria, con la altivez de siempre y la buena fe de costumbre, á fin de no permitir que nuestros contendores queden dueños de un campo que ni

siquiera supimos disputarles. Ahora que el partido liberal está en el poder, debe sincerar sus opiniones ante la Nación entera, contestando todos los ataques y explicando todos sus actos sin miedo, pero también sin hipocresía.

Hace tres años que el combate periodístico era reñido y de buenas é inmediatas consecuencias: entonces estábamos debajo; ahora que hemos sacudido el yugo, ¿nos echaremos á dormir sobre los aun no envejecidos laureles? Téngase presente, en todo caso, que si talvez la obra política está terminada, y eso á costa de mucha sangre hermana, del atraso y empobrecimiento del país, la labor de propaganda liberal y democrática, el triunfo de la cual es la única garantía posible para la estabilidad en el mando del partido vencedor, no está ni siquiera comenzada. Y hay que comenzarla. Pero con juicio, con acierto, sin pusilanimidad ni intemperancias clerófobas, para ser creídos y sinceramente aceptados en la conciencia nacional.

De qué se le acusa hoy al bando liberal, como doctrinario? De lo mismo de ayer: de impío, disociador, enemigo de Dios. . . . Dónde las pruebas? Acumuladas se encuentran allí por la mala fe y el odio sectarista; pero carecen de

fundamento. Mas, como no hay quien las pulverice, pasan como irrefutables, y esto nos hace daño, pues prepara los caminos de la reacción terrorista.

Permítaseme copiar parte de un artículo que, en contestación á cargos idénticos, publiqué allá por 1894 en las columnas del «Diario de Avisos». El periódico á quien replicaba era «La Libertad Cristiana», valiente semanario religioso de la Capital, redactado por un sacerdote joven, de brillante pluma, á quien individualmente mucho estimo, y el único talvez en el Ecuador que ha sabido mantener la serenidad en la polémica religiosa, aun en medio de eufemismos y líricos arranques. Como ese mismo sacerdote se halla hoy en la brecha, donde dice «La Libertad Cristiana» léase «La Defensa»

He aquí esos párrafos, que si los transcribo ahora es porque, *mutatis mutandis*, no carecen de oportunidad:



.....

“Llaman infame y disociador al partido liberal del Ecuador, apellídanlo masón, táchanlo de incrédulo. ¿En nombre de quién? En nombre de la Religión de Jesucristo, en nombre de la Iglesia católica!

“Estamos cansados de repetirlo: al combatir al partido liberal ecuatoriano confúndese lastimosamente la cuestión social con la política: el liberalismo, tal cual lo profesamos y pretendemos propagarlo, lejos, muy lejos está de ser disociador é incrédulo, porque sobre esas bases nada se edifica; y es preciso siempre dejar al pueblo algo en que creer, algo que esperar, si queremos llevarlo por los senderos del progreso, que son los senderos de la dignificación de las almas. Pero que esa creencia sea pura y desinteresada; que no se la convierta en rico y explotable filón, en que trabajen esos oscuros mineros que medran con la degradación y embrutecimiento de las naciones. La religión no es, no debe ser nunca arma de combate partidarista; la verdad no se impone, no debe imponerse nunca por medio de la fuerza, ni menos ser viciada por medio de la sofistería inicua y descabalada. La misión del sacerdote es diferente de la del banderizo. La misión del sacerdote es mantener siempre viva y luminosa la llama del sentimien-

to religioso, único salvador del dogma. Cuando ese sentimiento se acaba en el corazón de los pueblos, las religiones no tienen razón de ser: la crítica se encarga de ellas; y lo que empezó en las hogueras sublimes del martirio, muere entre la indiferencia ó burla de los espíritus, que se van desalados en pos de nuevas fuentes, en busca de nuevas creencias. Mala obra es presentar la fe en el palenque político donde el odio ruge y la irá está dando ahullidos espantosos, donde no se respeta nada, y si la Religión interviene, á la religión se la desprecia: aquí empieza la incredulidad, aquí empieza el ataque rudo, la afrenta que escuece y que subleva los ánimos.

“Ah, señores RR. de “La Libertad Cristiana”! cuánta pena hemos tenido al leer vuestros últimos escritos! Os llamáis sacerdotes católicos, y olvidadas están en vuestros discursos la caridad y la tolerancia; os llamáis sacerdotes católicos, y vuestras palabras preñadas de ira, centelleantes de odio y de blasfemia, están desacreditando el magisterio grandioso de las almas; os llamáis sacerdotes católicos, y es la calumnia vuestra hija primogénita; la mentira, sí la mentira, la norma de vuestra conducta. Dónde ese fuego sagrado que agitaba las almas

de Vicente de Paul, de Carlos Borromeo, del gran Francisco de Sales? Dónde la lógica inflexible de aquellos temibles batalladores que aplastaron á Arrio y sepultaron á Abelardo? Dónde ese anhelo inmenso, esa vocación al martirio que empujaban antaño á los hijos de Loyola, á los compañeros de Vicente Javier, á visitar lejanas comarcas, á buscar la muerte en medio del silencio y soledad de mundos desconocidos, entre naciones bárbaras, en cuyo seno depositaban las primeras semillas de la fe? Doloroso es confesarlo; pero de todas las exaltaciones de la fe, sólo han quedado en vuestros espíritus los sordos, los satánicos entusiasmos del inquisidor.

“Pasó la época de las persecuciones para el pensamiento; y vuestra tarea, es tarea inútil y pueril: ya no podéis quemar á los liberales, como quemasteis á los herejes; ya no podéis expulsar á los librepensadores, como expulsasteis á los judíos y moriscos de España; ya no podéis asesinar á francmasones, como asesinasteis á los hugonotes y á los albigenes; ya no podéis encerrar en lóbregas mazmorras á demócratas y republicanos, como aprisionasteis á los meramente sospechosos ó sindicados de luteranismo. El clérigo Llorente está ahí anunciando los ho-



rrores secretos del Santo Oficio, ante las puertas cerradas de aquellas horribles prisiones, donde,—como en los primeros siglos del cristianismo,—envano se pretendió matar á la conciencia de la humanidad martirizando los cuerpos en los ecúleos y en las sillas ardientes, ó sepultándolos para siempre en el silencio y la oscuridad. El grito del martirio es para las almas la voz del triunfo; á pesar de tanta crueldad, al través de tantos siglos, la Inquisición sirvió sólo para fortificar la emancipación de los espíritus. Las herejías? Las herejías no han muerto, acaso: los *viejos católicos*, el *liberalismo católico*, obras vuestras han sido, como fué, en cierta manera, obra del Papado, la gran protesta del siglo XVI iniciada por aquel fraile oscuro y neurótico llamado Martín Lutero.

“No podéis quemarnos,—talvez no por falta de buena intención,—pero apeláis á la calumnia: nos envenenáis. ¡Disociadores! Disociador el partido liberal ecuatoriano que está pidiendo á grito herido, como voz que clama en el desierto, libertad para todas las almas, garantías para todos los derechos, amor para todos; honradez en los que mandan, obediencia y respeto en los que están abajo; luz para el pueblo; orden y estabilidad en las instituciones

salvadoras de la dignidad humana! Ah, pero somos revolucionarios, somos demagogos Y vosotros no profesáis en principio (*) el derecho de insurrección? Santo Tomás, Suárez el Abulense, Ventura de Ráulica, el mismo Balmes, no lo están proclamando y justificando? ¡En principio! Y los motines de cuartel, las algaradas farisaicas, las revoluciones que han empobrecido á la Nación y precipitádola por el camino del abismo, ¿no han sido el pan nuestro de cada día del partido conservador, al que pertenecéis? Quién sino vosotros ha traído á la Patria la dictadura del sable? Quién sino vosotros ha apoyado ciegamente todas las tiranías, las iniquidades todas de los infames que han hecho, muchas veces, de la República ya el festín de Sardanapalo, ya la orgía mística de un convento? El eterno, el inicuo maridaje del poder teocrático y el civil aunados en la obra del encanallamiento de la conciencia, ha sido en todas partes el asesino de la libertad Conservadores con García Moreno, ¿no le besásteis los cascos á Veintemilla? Teócratas con Camaño, ¿no os sentásteis al negro banquete progresista del segundo Flores, como antes os estuvísteis asidos de los tiros del sable del pa-

(*) Y en hecho: lo están demostrando. (N. de 1897.)

dre de este último? Qué sois, pues, sino los hombres de la demagogia cuando caídos y los proclamadores de un orden infamante cuando vencedores? ¡Cuántas, cuántas veces habéis manchado con sangre y podredumbre la blanquísima estola de ministros del Altísimo! Y nosotros somos los disociadores; nosotros los enemigos del género humano! Por qué? Porque queremos relajar la fe del pueblo, que es el vínculo de unión de la Iglesia de Cristo,—decis.—¿Qué entendéis por relajar la fe del pueblo? Poner de manifiesto vuestras trapacerías y socaliñas; clamar contra vuestra codicia, que tiene por elemento de triunfo el embrutecimiento de las clases obreras; pedir la reforma de la disciplina de la iglesia ecuatoriana; deslindar en vosotros lo que tenéis de sacerdotes y lo que tenéis de bañderizos; anhelar la dignificación del Estado contra las pretensiones de la Iglesia, que como poder es el más autocrático y absorbente que conocemos; exigir un poco de tolerancia en cambio de las enormes sumas que le cuesta al Erario el sostenimiento de una iglesia oficial, y tolerancia no como garantía de disidencia sino como elemento de progreso; minar el cadalso político levantado por vosotros en días de oprobiosa recordación; sacar á la picota los farsantes y los ladrones públicos, apoyados,

sostenidos, deificados por vosotros, que acaso os habéis ido á la parte con ellos en el negocio oscuro; ansiar la paz, pero la paz honrada, la paz que es el reposo de la libertad; reclamar de cada cual el cumplimiento de sus deberes políticos y sociales; marchar con la época, sin renegar de lo pasado ni maldecir lo porvenir, porque amamos aquel en cuanto no tiene de vergonzoso y tenemos completa fe en éste . . . ¿Esto se llama relajar la fe del pueblo, vínculo de unión de la Iglesia de Cristo? Se llama esto disociar?

“Os desenmascararemos: diremos al pueblo vuestros fraudes, le contaremos vuestras iniquidades, pondremos de manifiesto vuestra avariciosa trapacería, empujaremos contra vosotros la montaña de odio que habéis querido hacer pesar sobre nuestros hombros; y lo haremos, no porque seáis sacerdotes católicos ni porque tengamos inquina contra la Religión, sino en defensa de la Patria oprimida por vosotros y los vuestros, en pro de la conciencia popular que habéis envuelto en tinieblas, en honor de la misma Religión del Crucificado, cuyos preceptos conculcáis, de cuya moral hacéis burla. Vuestra hora ha llegado, y el combate social

empieza, malos políticos y peores sacerdotes....
El reinado de las sombras no es eterno.

“El sacerdote católico, allí, en el Templo, al pie del Ara, en la tribuna sagrada, en el confesonario, en la cátedra, en la misión . . . ;Fuera del palenque político, sagrados impostores. Dejad el hábito talar antes de empuñar la espada del combatiente ó el puñal del asesino. Mercaderes de creencias, ya el Cristo os habría arrojado á latigazos de la casa de su Padre!

“Por lo mismo que queremos tolerancia, somos tolerantes con las ajenas opiniones, porque tolerancia es amor y sabiduría; pero en honra del suelo en que hemos nacido, combatiremos siempre las malas artes del engaño y la prostitución de la Fe de nuestros padres en los lupanares inmundos de las ambiciones políticas; y en esta sagrada lid, como en los días de la creencia, serán nuestro grito de combate, nuestro santo y seña, las consoladoras palabras de CHRISTUS VINCIT, CHRISTUS REGNAT. CHRISTUS IMPERAT!” (**)

(**) “Diario de Avisos”, 19 de Junio de 1894.



Cuando estas vehementes palabras dirigía yo al intransigente clero ecuatoriano en general, ¡qué lejos estaba de creer que esa intransigencia habría de llegar al último extremo, precisamente al otro día del triunfo del partido liberal! Pero ya hemos visto y palpado todos los funestos resultados de semejante manera de proceder.

Parece que en el Ecuador la Iglesia católica tiene una capa amplísima para cubrir los resentimientos, las ambiciones, las negras venganzas, las oscuras maquinaciones denunciadas luego por el crimen, que son el cortejo de la pequeña política, la política ruín, que en lenguaje castellano llamaríamos pandilla.

Ya sabíamos antes que los excesos liberticidas del terrorismo ultramontano, se apellidaban *religión*; no ignorábamos que las soberbias, las avaricias, las lujurias, las iras, las gulas, las envidias, las perezas del clero y de sus adeptos se excusaban, se negaban, defendían y ocultaban por *razones de religión*; conocíamos que el fanatismo meramente sectarista y obediente á sugestiones políticas, se propagaba entre el pueblo como punto subidísimo de *religión*; harto comprendíamos que *religión* se llamaba ese místico

y sacratísimo nimbo de inviolabilidad é infalibilidad que, cual á ungidos del Señor, rodeaba á los bribones y los asesinos de las libertades públicas que se iban camino del crimen y del despotismo dándose golpes de pecho y hartazgos de agua bendita; estudiado teníamos que más de una vez el suelo de la República se habia anegado en sangre en nombre de la Religión de Jesús cuya salutación á las gentes era *La paz sea con vosotros*, sangre de hermanos, sangre de esos malvados que venían predicando á los pueblos del Ecuador la tolerancia y la caridad como bases fundamentales del derecho cristiano, la libertad como elemento del orden, y la paz y el cumplimiento del deber como una necesidad del progreso Pero hoy ;hoy es *religión* la causa de los perturbadores de la paz; *religión*, el despecho de los vencidos; *religión*, el odio mortal de los que miran embotada en sus manos el arma homicida y se acuerdan del *puñal de la salud* ! ¿Qué religión es esa? Esa no es mi religión, no es la religión de los hombres honrados.

Mirad cómo va ese hombre caminando á lentos pasos, solemne y majestuoso: austero en su continente, melancólica su mirada en cuyos resplandores está nadando la caridad evangélica:

las gentes se le arrodillan en el camino y dichoso aquel que pudo besar la orla de su manto, envidiado el que selló con sus labios la mano del varón de Dios que va dando bendiciones y distribuyendo sonrisas. Es un obispo: sigámosle. Ya está en su gabinete: ¿quiénes son esos clérigos, quiénes esos seculares que le rodean? Los agentes de la caridad, los ministros y embajadores del Altar, á quienes bendice el humilde y espera el pobre con ansia en su destaralado tugurio. Cierran la puerta . . . ¡Bién! La caridad hace en silencio sus obras, teme el ruido, es herida por el aplauso, ni siquiera exige la palabra de gratitud. ¿Se acabó la secreta conferencia? Con aire de misterio, meditabundos y ensimismados salen esos hombres: lleva cada cual su consigna. A poco, en el centro de la República arde la guerra civil; cada púlpito es una cátedra de Pasquino; cada confesonario, un cubículo de oculta propaganda; cada convento, un arsenal de los insurrectos... La consigna está cumplida, y en el palacio del varón de Dios háse firmado la sentencia de muerte contra innumerables compatriotas ¡porque es preciso defender la Religión!

La Cruzada . . . Eso es, se ha predicado la Cruzada, concediendo indulgencia plenaria á

todos los que en ella tomen parte. *Dios lo quiere, Dios lo quiere!* . . . Godofredo de Bullón, el ínclito Tancredo, el buen Raimundo de Tolosa, Ricardo *Corazón de León*, el grande y santo Luis IX guían las entusiasmadas huestes contra el fiero musulmán . . . Y los campos son talados, y cunde el terror, y corre á torrentes la sangre, y el odio se desborda como lava hirviente que baja de la cumbre é inunda la feraz llanura . . . ¿Vencieron? son vencidos? Ah, desgraciados! Habéis dirigido vuestras iras contra vuestros mismos hermanos, habéis talado los campos que rinden cosecha para el común sustento, habéis aniquilado, dejado exangüe la Patria desventurada; vuestra obra, ha sido obra de Caín! Manda eso el Evangelio? Dice el Evangelio que por sostener ó resucitar una dominación política se ha de matar al prójimo, después de calumniarle y desacreditarle?



No tengo intención, por ahora, ni es tampoco de este lugar, el examen de los cargos que hace el clero ecuatoriano al Gobierno actual. La limitada libertad religiosa concedida al país por la nueva Constitución, es un hecho que responde á exigencias sociales con las que debe

marchar acorde el legislador; la no admisión de las órdenes religiosas extranjeras, es una medida de previsión en favor de la juventud y de los intereses morales del país; el castigo de las pláticas sediciosas, es un asunto de policía general, indispensable para la defensa de los poderes públicos: las restricciones impuestas al clero en la Ley de Instrucción Pública, son el resultado de una larga cuanto dolorosa experiencia . . . ¿En qué ha pecado pues, el partido liberal ecuatoriano?—Contemplaciones con una clerecía sediciosa contra la cual los más obvios principios de defensa propia estaban dictando severas medidas de represión; profundo respeto á los prelados, una y otra vez manifestado en actos y documentos oficiales, hasta que se agotó no la paciencia sino el medio pacífico de defensa; amnistías, concesiones, indultos hechos y dados al partido conservador y clerical hasta parecer nosotros los capitulados y vencidos; el sostenimiento indefinido de un Concordato que, por sí mismo, es un atentado contra las garantías republicanas, ¿esto se llama irse contra la Religión? Si los obispos conspiran, si la frailecía extranjera se anda en intrigas y conciliábulos; si el clero subvierte los ánimos; si los devotos y congregantes urden tramas y combaten, decidme, señores, oh vosotros los hombres cuerdos y



de leales intenciones, á fuer de prudente, de católico, apostólico, romano, se ha de cruzar el Gobierno de brazos, y dejar mansamente que venga el enemigo y le degüelle?

Se exajeran los hechos de la Autoridad política, se la calumnia hasta en sus intenciones, se la atribuye todo el daño que ha sufrido la Nación en esta época aciaga por causas de las que no estaba en la mano del hombre torcer el rumbo, y todo con el fin de desacreditarla y concitar contra ella el odio y la venganza de las multitudes; y para esta obra de oprobio se busca el pretexto religioso . . . ¡Religión! Qué dogma ha negado el partido liberal? En qué punto de disciplina eclesiástica se ha entrometido? Cómo ha faltado á la Ley del Evangelio? De qué manera ha perseguido á sacerdotes inocentes que no se han ido un paso más allá del ejercicio de su santo ministerio? Si en cierta prensa liberal, bastante desacreditada, por otra parte, en el concepto de los hombres sensatos de nuestro partido, ha campado, de vez en cuando, la negación alarmante, la grosera clerofobia, ni ese ha sido el pensamiento de la generalidad de los liberales ni ha sido tampoco aprobado. Lo que se ha pretendido es poner coto á los abusos que solían cometerse al amparo del

hábito talar; rectificar el buen sentido nacional para que no se confundan en uno solo aspiraciones mundanas é intereses morales y religiosos; contra lo que se ha declamado es contra los excesos de un clero . . . ¿lo digo? de un clero hipócrita y corrompido que piensa que todavía dura el tiempo de la opresión tiránica y de su inmunidad jurídica . . . ¡Oh Religión, Religión, cuántos y cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Levantémonos! No es hora ya de tener voluntariamente cerrados los ojos á la luz de la verdad, ¡oh ecuatorianos! Seamos creyentes en buena hora; pero seamos igualmente dignos; seamos capaces de ir al martirio en defensa de la fe de nuestros mayores; pero seámoslo también de sacrificarnos por la libertad y la ventura de este pedazo de tierra tan caro á nuestra alma, que llamamos Patria! . . .

Si; por la ventura de la Patria! y que conste, para la historia y el juicio de la posteridad, á cuyo fallo apelamos los ahora maldecidos y calumniados, que si el Ecuador ha entrado estos días azarosos en una era de amargura, en la cual se ha empobrecido, arruinado y vertido la sangre de más de dos mil ciudadanos, es, principal y casi absolutamente, por culpa del parti-

do conservador empujado y ayudado por el clero en una lucha desigual y sangrienta, de la cual no ha sacado otro provecho que la pérdida de sus últimas y más preciadas esperanzas.... En medio de esta desolación amarguísima, talvez nos hemos purificado y allegado una piedrecita más al edificio del progreso nacional; pero ¡acordáos, sacerdotes ecuatorianos que habéis encendido la guerra intestina é implacable, que el Salvador de los hombres dijo: *Necesario es el escándalo en el mundo; mas, ¡ay del hombre por quien el escándalo viniese!*

Manuel J. Calle.

Quito, Agosto de 1897.

